



ARIEL

Publicación antológica de Letras,
Artes, Ciencias y Misceláneas.

Director: FROYLAN TURCIOS.
Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE XXXVII.

San José de Costa Rica, América Central, 15 de marzo de 1942.

NÚM. 110.

SUMARIO:

I. La cigarrera de Morazán, ¿Se confesó Morazán para morir?, *Ricardo Fernández Guardia*.—II. Una improvisación de Chocano.—III. Las once mil desposadas, Morado, *Dolores*.—IV. Cornelio Moncada, Medianoche, Adiós, *Froylán Turcios*.—V. La inútil peregrinación, *Chan-Wu-Kein*.—VI. Valor, Nocturno, El viento de la mañana, *Porfirio Barba-Jacob*.—VII. Xari, *Myriam Francis*.—VIII. Yo sé perder, Más allá del límite, *Moisés Vincenzi*.—IX. Morazán, La ráfaga, Tegucigalpa, *Augusto C. Coello*.—X. La tierra de mis mayores, *Hilda Chen Apuy*.—XI. La muerte de Lavoisier, *Maurice Goudeket*.—XII. Fugacidad, *Alvaro Melián Lafinur*.—XIII. La luna sobre el Coliseo, *Jorge Gordon Byron*.—XIV. Frente al París de Renoir, *Amalia de Sotela*.—XV. Epigrama volivo, *Gabriel D'Annunzio*.—XVI. A la Muerte, *Miguel Antonio Caro*.—XVII. Notas interesantes.—XVIII. Entierro del miliciano muerto en la guerra, *Angel Miguel Queremel*.—XIX. Dos liras y dos Américas, *Joaquín Bonilla*.—XX. Vincenzi, Doctor Honoris Causa.—XXI. ¿Quién podría haberlo previsto?—XXII. Entrego, *Tula Van Severen*.—XXIII. El primer paracaídas.—XXIV. La Tzehua, *Máximo Soto Hall*.—XXV. El lied.—XXVI.

Nueva York, *Luis C. López*.—XXVII. Francisco de Quevedo y Villegas.—XXVIII. El escondite, *Enrique González Martínez*.—XXIX. ¡Es la Vida!, *Leticia Rivera*.—XXX. Infancia, *S. Pondal Ríos*.—XXXI. Grandes verdades.—XXXII. Diario íntimo, *Edmundo de Goncourt*.—XXXIII. Mi Dios, *Guy de Maupassant*.—XXXIV. Canto a las manos de las enfermeras, *Manuel José Arce y Valladares*.—XXXV. Ruego, *M. Baez G.*—XXXVI. No se lo pagaron al contado.—XXXVII. Tarde de otoño, *Ramón Ortega*.—XXXVIII. Efraín de la Cruz, *J. A. Osorio Lizarazo*.—XXXIX. Su voz, *Edmundo Velásquez*.—XL. En la casa, *René Bonnefoy*.—XLI. Escriban toda clase de libros, *Virginia Wolf*.—XLII. Plagiadores, *Augusto C. Coello hijo*.—XLIII. Mi padre, *Antonio Machado*.—XLIV. Acción, batalla, combate, *P. M. de Olivé*.—XLV. Cómo se debe leer, *Antonio Aibalat*.—XLVI. Los amigos.—XLVII. Muñeira, *Alejandro Casona*.—XLVIII. Cinerario, *J. A. Domínguez*.—XLIX. Una anécdota de Morelos.—L. Perlas Negras.—LI. Honramos a los inventores, *Francis Bacon*.—LII. Conocimientos importantes.—LIII. Las ochenta y dos enfermedades de Voltaire, *A. H. Weyl*.—LIV. Patriotismo de los costarricenses.

LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERA SOLICITADA

LA CIGARRERA DE MORAZÁN

Por la tarde del 15 de septiembre de 1842 el general don Francisco Morazán salió con paso firme y sereno semblante de la Casa del Gobierno de San José de Costa Rica, hoy Palacio Nacional, donde había estado preso cerca de cinco horas. Iba camino del patíbulo, situado a unas doscientas varas de allí.

Frente a la Casa de Gobierno vivía uno de los mejores amigos costarricenses de Morazán, don Mariano Montealegre, quien lo detuvo un instante para estrecharle la mano por última vez y le dijo hondamente conmovido:

—General, esto no le sucedería si usted hubiera querido oír mis consejos.

Morazán le contestó sonriendo:

—Tiene usted razón; los tendré muy presentes en otra oportunidad.

Sacando en seguida del bolsillo una cigarrera de plata, la puso en manos de su amigo, añadiendo:

—Guárdela usted en memoria mía.

Don Francisco Montealegre Gallegos, hijo de don Mariano, conserva esta cigarrera, que parece ser de fabricación norteamericana y tiene grabado el nombre de *Francisco Morazán*.

R. Fernández Guardia.

UNA IMPROVISACION DE CHOCANO

Sucedió al amanecer de este siglo.

Una embajada diplomática de la República del Perú, presidida por don Ramón Riveiro, cuyo Secretario fué José Santos Chocano, llegó a Costa Rica en el año 1902, en prédica del Arbitraje Obligatorio para dirimir todas las cuestiones pendientes entre los países de la América Latina o que por cualquier motivo hubieran de presentarse después, con el objeto de proscribir definitivamente la guerra en América.

Un sector de la opinión, encabezado por el Profesor don Zacarías Salinas, Director del Liceo de Costa Rica, se oponía a tan noble esfuerzo de paz y de cultura, arguyendo que lo que en el fondo había de parte del Perú era someter a ese Tribunal, si se creaba, la cuestión de Tacna y Arica, pendiente con la República de Chile, ya que por medio de las armas no conseguirían nunca los peruanos la reivindicación de esas provincias, y que, buenamente, Chile, no las entregaría.

Se movió la opinión pública por medio de la prensa, de conferencias y de mitines.

Había en el país una inteligente y grande emigración colombiana, la cual encontró aquí atenta

hospitalidad en su exilio. Entre ella estaba un poeta—, Manuel Ignacio Chavarría—, quien dirigió a Chocano este agresivo soneto, publicado en *La Prensa Libre*, periódico de la tarde:

POR LA GUERRA

A José Santos Chocano.

*La razón de la fuerza: jese es mi lema!
La paz a cañonazos: ¡mi doctrina!
Que es la Justicia débil concubina
de aquél que menos sus dictados tema.*

*En la humana conciencia, su anatema
muy poco el fiel de la balanza inclina,
y el ojo que a Caín turba y domina
no ha vuelto a resolver ningún problema.*

*Sonadores de paz, vuestra parada
en el tapete universal no suma,
ante el derecho de la fuerza, NADA.*

*Si el dolor de la pérdida os abruma,
tened valor para empuñar la espada
y no busquéis desquites con la pluma.*

En la antesala del *Hotel Imperial*, —el de Benedictis—, en donde estaba alojada la Legación peruana, hacíamos rueda varios amigos simpatizadores de la causa peruanista, al poeta Chocano, cuando en la acera del hotel un pregonero gritaba:—*¡La Prensa Libre! ¡Con un soneto contra José Santos Chocano...!*—Todos nos pusimos de pie y corrimos a comprar *La Prensa*; y cuando éste se enteró de esos versos, pidió papel y rápidamente contestó así:

POR LA PAZ

A Manuel Ignacio Chavarría.

*¿Por qué desesperar? No es todavía
tiempo de alzarse en épica apostura.
No tomes el ensueño por locura,
ni tomes la piedad por cobardía.*

*¡Ay! Y en tanto que amanezca el día
de paz excelsa y de inmortal ventura,
¡déjame ser centella en noche oscura
y espuma blanca en tempestad bravia!*

*Mas, si se vuelven humo mis ideales
en medio de los ímpetus guerreros,
¡los clavos de mi cruz se harán puñales!*

*Y me has de ver, con arrogancia suma,
armado entonces de los dos aceros,
¡blandir la espada sin soltar la pluma!*

Y volviéndose luego el Poeta hacia donde es-

taba Leonidas Briceño, uno de los asistentes, le dijo:

—Hazme el favor de publicar mañana en *El Noticiero*,—diario de Briceño,—estos dos sonetos: *Por la Guerra y Por la Paz*.

Copia,

Juan Alfaro V.

17 de febrero de 1942.

**Todos los textos de ARIEL han sido
escritos, seleccionados o extractados
por su Director.**

LAS ONCE MIL DESPOSADAS

Cual las sagradas vírgenes de la leyenda, inmóviles esperan. Aquéllas, en su fe, sonreían ante el suplicio y el dolor; éstas, en su esperanza, sonríen a la caricia del amor. Sonríen emocionadas bajo el albo, infinito misterio de su velo nupcial; ornadas, coronadas, inundadas de flor en su blancura matinal; embriagadas tal vez por la intensa fragancia del menudo jazmín virginal. ¡Oh canto insuperable de millares de blancas desposadas! ¡Oh canto inimitable bajo el azul del cielo tropical, en la dorada luz esplendorosa de algún amanecer primaveral!

Inmóviles esperan las blancas desposadas que llenan las praderas, los valles y las lomas; que invaden las colinas y suben a la cima que poco antes se veía cubierta de verdor y que está envuelta ya en el interminable y albo tul del gran velo nupcial, en una esplendorosa mañana tropical, bajo la comba azul.

Temblorosas sonríen las bellas desposadas bajo la fina gasa de su velo nupcial; locas abren sus brazos, cual las enamoradas, ofrendando blancuras a la más bella y noble de todas las criaturas, al Padre Universal, cuyo beso de luz convierte en regia flor al tímido capullo y la turbia corriente purifica y aclara; al sol levantan todas sus brazos, como una ara de virtud inicial y el fulgurante beso del amante inmortal trueca en rica promesa la virtud inicial de los campos floridos de blancas desposadas, la virtud inicial que se convierte en rojo y vívido tesoro, llegando a ser más tarde suave montaña de oro; la virtud inicial de blancas desposadas que llenan las praderas, los valles y las lomas en ese gran misterio que es sin duda un milagro de amor y que llamamos simplemente un cafetal en flor.

Dolores.

Costa Rica, marzo de 1942.

Hondureños ilustres

CORNELIO MONCADA

Evocamos con cariño y admiración la memoria de este ilustre hondureño, extraordinario por la nobleza del espíritu, por la altura del pensamiento, por la gallardía personal. Su nombre en los patrios hogares es símbolo de honor y de altruismo fecundo. Fué el arquetipo del perfecto caballero en la más absoluta acepción de este vocablo singular. Modelo como ciudadano íntegro y magnánimo, como amigo, como hijo, como esposo y como padre. Notable médico, hizo de su profesión un sagrado sacerdocio, prodigándose ampliamente entre los humildes con la honda satisfacción del que considera la práctica de la caridad como un imperativo deber.

Cien anécdotas pudieran citarse de su hidalguía, de su valor, de su carácter, de sus proclamas virtudes. Figuraría hoy entre los más grandes benefactores si su brillante personalidad, con todo el vigor de sus múltiples aptitudes, se hubiera desarrollado en un vasto ambiente de civilización y cultura; y la gloria inmortalizaría su recuerdo en los lienzos, en los libros y en las estatuas.

Fué amado de los dioses —según la estelar frase de Menandro— pues bajó al sepulcro en 1882, a los treinta y tres años, cuando resonaban en su alma las intensas palabras del amor y la ilusión. En la Grecia antigua un coro armonioso de blancas doncellas le hubiera despedido con una canción primaveral, derramando sobre su cuerpo inmóvil una lluvia de rosas.

Froylán Turcios.

LA INUTIL PEREGRINACION

Los viajeros exaltan la belleza de una tarde de nieve en Huachan, la música de la campana del crepúsculo en el monasterio de U-tchien, el color del cielo de Tsu-Kiang, el encanto de una noche de lluvia en Wao-tai.

Yo no iré a Huachan, pues el cuerpo de mi niño es bermejo como la nieve en el crepúsculo; ni a U-tchien, porque su voz es más conmovedora que la campana de un monasterio; ni a Tsu-Kiang, pues todo un cielo lavado por la brisa está en su mirada... Pero tal vez iré a Wao-tai, a fin de evocar cierta noche de lluvia en la que una mujer concibió un niño que tengo por la duodécima maravilla del Imperio.

Chan-Wu-Kein.

MORADO

Tiempo de penitencia y de expiación y de la más intensa fervorosa oración.

La Iglesia conmemora el más grande misterio del amor y el más cruel, inhumano dolor. El justo entre los justos, castigado en la infamante pena de la cruz, como el más despreciable malhechor.

Aquel día—cuenta la Tradición—los muertos se salieron de sus tumbas y las piedras de

horror se estremecieron; el sol veló su faz, y, desde entonces, a través de los siglos, hay un eco de angustia y de dolor en toda la Creación para conmemorar la muerte del Señor.

En el fondo del mar las blancas perlas son lágrimas del ángel que bajó a consolar al dulce Nazareno en su noche de mortal aflicción, cuando aun los más amados lo habían abandonado; Pedro lo había negado. No hay lugar tan remoto ni olvidado que deje de asociarse al movimiento de universal plegaria; nuestras montañas ponen en la opulencia de su túnica una nota morada en señal de dolor; eso es la guaría. Las hay pálidas, claras, de enfermedad tristeza; otras son encendidas, intensas de color en recuerdo de las muchas torturas que sufrió el Salvador; mas todas, todas forman un coro de dolor en la Pasión, cual vírgenes de Sión—y la blanca, tan pura, inmaculada en su belleza helada, recuerda a la Madre de Jesús, desconsolada en su mortal tristeza, en su hora de agonía al pie del Salvador, lívida de congoja y de dolor.

Como el creyente enciende la simbólica vela, cual una compañera de plegaria, así el monte se enluta de morado al encender el cirio milagroso de su guaría.

Dolores.

Costa Rica, marzo de 1942.

VALOR

Yo tuve ya un dolor tan íntimo y tan fiero,
de tan cruel dominio y trágica opresión,
que a tientas, en las ísfagas de su huracán postero,
fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Bien sé que aún me aguardan angustias infinitas
bajo el rigor del tiempo que nevará en mi sien;
que la alegría es lúgubre; que rodarán marchitas
mis rosas en la onda de lúgubre vaivén.

Bien sé que, alucinándome con besos sin ternura,
me embriagarán un punto la juventud y abril;
y que hay en las orgías un grito de pavora
tras la sensualidad del goce juvenil.

Sé más: mi errante Musa, de hieles abrevada,
por el fatal destino de dioses engañada,
en noches sin aurora y en llantos de agonía
ya no creerá en nada... Ni aun en la Poesía...

¡Y estoy sereno! En medio del oscuro *Algún día*
de la sed, de la fiebre, de los mortuorios ramos
—¡el día del adiós a todo cuanto amamos!—
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: *¡Poeta, en qué quedamos?*

Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo,
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!

Porfirio Barba-Jacob.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

NOCTURNO

¡Oh, qué gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente,
todo lleno de amor y de piedad sagrada
y fuerza suficiente!

Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple,
y tiene como el mar y el monte puro
su raíz en el tiempo sumergida...

Yo le siento latir, y una onda inefable
y cordial y vital me conforta,
y no pienso que soy un barro deleznable,
y que la brega es dura y corta.

Toda inquietud es vana; la desazón soporta
—me está diciendo a voces un amigo interior—,
El minuto es florido, senoro y halagüeño;
el corazón del campo te dará su vigor
para entrar en el último sueño...

Porfirio Barba-Jacob.

EL VIENTO DE LA MAÑANA

Viento de la mañana,
viento sonoro, viento de armonía,
inquietud de los árboles,
efluvio de las rosas
que de la noche vienen y despiertan el día
cargado aún de espectros de nieblas vagabundas.

Viento alígero y puro,
sabio de las sonrisas de la infancia
y de las oraciones
en que el nombre de Dios deslíe su fragancia;
inicial y gozoso llamamiento
al sonreír del lago,
al trino de la alondra
y al dulce beso y al materno halago.

Viento que con tus alas
robas la esencia leve
de los prósidos buertos escondidos
en los montes azules que corona la nieve;
fácil y amante soplo
en que yerra el murmurio de lejanos pensiles
y en que vaga el encanto
de los sueños que ardían
en las puras cabezas infantiles.

Viento de la esperanza
que el espíritu activas y el afán apresuras;
que tornas el vigor,
que enciendes la confianza
y que sobre el incendio del amor
—que hace la noche ardiente como llano de estío—
dejas caer tu lluvia de trémulo rocío...

Viento de las campiñas olorosas,
viento sonoro, alígero,
sabio de las sonrisas de la infancia,
efluvio de las rosas,
inquietud de los árboles:
¡mi corazón está lleno de tu fragancia!

Porfirio Barba-Jacob.

Para ARIEL

XARI

Hacia ya mucho rato que las esclavas se habían recogido, y Xari seguía sentada en el suelo, tejiendo plumas y ensueños. Finas plumas de todos colores, de diversos pájaros cazados en los bosques aledaños, parecían, dentro del cesto de maguey, algo así como un arco iris aprisionado por algún dios que fuese poeta también. Xari iba tejiendo, según el arte de los maestros toltecas, grandes cortinajes para el aposento de su señor.

En la noche resonaron unos pasos fuertes y acompasados. Xari reconoció el paso de Maxtla y suspiró. Ya regresaba y la joven esclava se alegró de sentirlo bajo el mismo techo.

Siendo Xari una tierna niña, sus padres, aztecas sumamente pobres, la vendieron, ante

cuatro ancianos que dieron fe del acto según la costumbre, al valiente guerrero zapoteca, padre de Maxtla. Desde entonces Xari vivía en el país de Zapotecapan, contenta, amando en silencio a Maxtla que, acaso, acaso, no la había visto nunca. Ella era una esclava más, que traía frutas del bosque, ponía flores en los aposentos, tejía el algodón y las plumas de los pájaros. Para la esclava, él era un dios vivo, y como tal, apenas si osaba mirarlo. Era alto, hermoso, fuerte, y Xari temblaba de emoción al sólo oír su voz sonora. Y le amaba. Así, en silencio, sin casi saberlo ella, le amaba.

Brillaba en el cielo Citlapulli Hueycitlatin, la estrella grande, Venus. Xari se apresuró a cerrar su ventana, sabiendo que la luz de esta estrella traía mala suerte, y se durmió luego con su dulce sueño de adolescente. La despertó, aun antes de amanecer, un canto entonado por muchísimas voces. Salió y pudo ver cómo pasaban cantando numerosos muchachos y muchachas. Era el mes de Ocpanaiztli, y se celebraban las fiestas en honor de la diosa Toci, nuestra buena madre, alma de la tierra. Xari se dijo que cuando se pusiera el sol, ella, adornando sus cabellos con guirnaldas de flores, también le llevaría a la buena madre su ofrenda de frutas y de palmas.

Y así pasaban los días, risueños y tranquilos.

Llegó el mes de Itzcalli, con sus vientos y sus fríos.

Los guerreros habían partido en una expedición contra sus vecinos, que les declararan la guerra hacía poco. Gratas para los zapotecas eran las nuevas que llegaban. Maxtla también había partido, y una tarde llegóse un mensajero y Xari le oyó decir cómo su señor había logrado, merced a su heroísmo, darle el triunfo a sus huestes. Un júbilo indescriptible se adueñó del pueblo, y se esperaba a Maxtla para ungirlo con las glorias de la victoria. Y llegó Maxtla, en brazos de algunos de sus guerreros, herido y afiebrado. Su cota de algodón, impenetrable a los dardos, había sido desgarrada por un lanzazo dado de cerca; igualmente rota estaba la túnica de lienzo, y Xari, llena de angustia, pudo posar sus ojos en las entrañas mismas del amado, muy cerca del corazón.

La esclava pasó largos días con sus noches, más largas aún, junto al lecho del herido, oyendo a los tonalpouhquis—agoreros—decir que el alma de Maxtla volaría muy pronto hacia el padre sol. Xari se acurrucaba en los

rincones del aposento, tratando de pasar inadvertida, pero no perdiendo tampoco un solo detalle de lo que allí acontecía.

Por las noches, cuando todos, cansados, rendíanse al sueño, ella se llegaba en silencio hasta el lecho del herido. Una noche lo vio agitarse, tender delirando las manos hacia delante, y entonces Xari, tímidamente acercó su manecita a las manos ávidas que parecían buscar algo a qué asirse. Maxtla, que no la veía en su delirio, le cogió la mano; y quizá sintiéndose protegido por aquel gran amor, durmióse tranquilamente, reteniendo entre las suyas la pequeña mano morena de Xari.

Dos días después Maxtla había muerto.

Llevaron el cadáver al templo subterráneo de Yopaa. Una larga procesión, que encabezaban el rey, los wiyanas y los dignatarios, seguía los despojos mortales del héroe. Penetraron en el espacioso santuario, atravesaron las salas que servían para la iniciación de los wiyanas o sacerdotes, a cuya derecha quedaba la gran galería donde reposaban los cadáveres de los pontífices y a la izquierda la que contenía los despojos de los reyes. Atravesaron otras salas, que formaban un interminable laberinto, hasta llegar a la cámara destinada a mausoleo de guerreros y grandes hombres zapotecas.

En un amplio sepulcro dejaron al príncipe sobre un túmulo de granito. Terminadas las ceremonias religiosas, se retiraron todos, y los esclavos taparon la entrada con una enorme losa. Allí dormiría Maxtla por los siglos de los siglos...

Cuando todos se hubieron retirado, una sombra ligera y menuda salió tras de una pilastra. Xari—que ella era la sombra—dió unos pasos, miró hacia la puerta que la separaba para siempre del mundo de los vivos, y se dirigió luego, serena y tranquila, hacia el sepulcro. Devotamente besó la lápida que cubría a su señor, con un beso de eternidad. Luego, abrazada al sepulcro, sollozó quedamente... Y esperó...

Myriam Francis.

Cartago, Costa Rica,
marzo de 1942.

YO SE PERDER

La derrota me hace un efecto contrario: es el goce que me despierta, me ilumina, me arrastra, con todas mis fuerzas, a la nueva batalla. El resto del tiempo, cuando mi vida se desliza sin este estímulo del maltrato, de la indiferencia y hasta de la calumnia, que pasa

siempre entre mis piernas como una serpiente, duermo. Pero, en el instante mismo en que me alcanza la espada, mi espíritu se levanta del suelo e ilumina con su cólera el campo de combate. Aparezco yo, entonces, con toda la entereza de mis razas, a la manera de un león herido que ruga tempestuosamente entre el ejército de canallas que se atraviesa y se ha atravesado siempre a mi paso. Aparezco yo frente al peligro y mis movimientos se tornan vertiginosos y saguinarlos. Soy yo, el hombre generoso que no he sabido hacer el mal a nadie, quien reclama, con la zarpa en alto, sus derechos. Los enemigos se espantan de la transformación operada: mi odio es santo y, por esto mismo, bravo e incansable.

Os digo que sé perder: buscadme un obstáculo para saltar sobre él, al modo del rayo sobre la tempestad. A mis fracasos les debo mis más definitivas victorias, mi prestigio y mi nombre. Puedo decir que mi bandera está clavada sobre una montaña de escombros: la que forman mis incautos y envidiosos enemigos con sus traiciones, con sus calumnias, con sus vicios y con su mediocridad despreciable. Os digo en verdad, enemigos míos, que yo sé perder.

Moisés Vincenzi.

Husserl; algo más que raciocinio integral y que humanidad entera; algo más que deseos y sectimientos e ideas; algo más que almas y que estrellas; hay algo más que todo lo pensado y lo soñado por el hombre y por el superhombre de los mundos lejanos; hay algo más que mi garganta de siglos quiere cantar y no puede; y que está más allá de la vida y de la muerte.

—Hace muchas noches que te contemplo, estrella remota, desde mi alta ventana. Tres años luz te separan de mis pupilas húmedas. Me has hecho sentir el vértigo de las distancias en lo hondo del espacio sin fin. Y he pensado y sentido la vida de tus exóticos pueblos, de tus ciudades insospechables, de tus seres celestes. Tres años luz y semillas, sin embargo, un hermoso diamante; inmenso y diminuto átomo del firmamento. Estrella remota: me haces temblar de alegría y de espanto con el fugaz destello que proyectas en mi alma y en que resumes la inquietud misteriosa de cien millones de humanidades terráneas. ¡Tres años luz y un solo reflejo en mis ojos turbios! ¿Estás perdido en el azar del abismo o te mueve un soplo secreto desde el arcano impensable, corpúsculo de la eternidad?

Moisés Vincenzi.

MAS ALLA DEL LIMITE

—Venid a cantar conmigo los secretos del mundo. Piedras, hojas, peces del mar, valles, montañas, átomos e insondables espacios llenos de estrellas; hombres de simple existencia vegetativa y gigantesca como Esquilo; instintos sordos y sentimientos subterráneos; pobres ideas mecánicas y florecientes sistemas racionales de todas las épocas... Venid, amigos, a contemplar desde esta ribera los mares y los campos sembrados de trigo y de cadáveres. Venid a la sombra y la luz; venid a cantarlas, que el canto es un reflejo del misterio. Y el misterio se enroscas en la oruga y se desfleca en la garganta de los pájaros y se despeña en la catarata y las lágrimas. Venid a reír y a llorar conmigo: el milagro de la vida nos llama al éxtasis de los grandes instantes.

Hay algo más que átomos en todo esto, Demócrito; y algo más que agua, Tales de Mileto; y que aire, Anaxímenes; y que fuego, Heráclito; hay algo más que tu rica poesía, Homero; y que tu soberbia imaginación, Dante inmenso; algo más que intelectualismo, Kant y Hégel; que intuición, Pascal y Bergson y

COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 102 (sin pasta) . . . \$ 70

Núms. 1 al 110 (2 tomos empastados) 85

MORAZAN (*)

Doliérame cierta vez, —en la evocación aniversario de una gesta heroica,—de que pasadas ya más de cuatro centurias, no hubiere surgido el Homero que cantase, con exámetros de encendida gloria, el Descubrimiento y la Conquista de América, proeza incomparable de proyecciones cíclicas en la conciencia humana, frente a la cual empalidecen y se pierden, en las brumas quiméricas de la fábula, los hechos y los varones míticos que pasan, sombras ilusorias apenas, entre las magnificencias épicas del Rápsoda legendario.

Porque los actores de la epopeya en la narración homérica, aunque iluminados por los resplandores inmortales del genio, no son sino eso mismo: sombras no más; sombras nómades

* Trabajo inconcluso.

en los campos elfeos de la imaginación heroica. Es sombra Helena, sombra imperecedera y mirífica de la belleza eterna; es sombra Paris, pálida sombra entre los rojos incendios de la tragedia; sombra es Aquiles, es sombra Ajax, sombra Agamenón. Sombra es el mismo Homero, sombra divina que se disipa en el crepúsculo naciente de la Historia.

Pero, en cambio, esos varones formidables de la epopeya de América, de la epopeya de Colón, de la epopeya de Cortés y de Pizarro y de Almagro y de Balboa, fueron hombres vivos, héroes de hierro y sangre, humanos, hombres para ponerse, en lanza y alma iguales, con los más portentosos adalides de la mitología homérica: hombres, hombres con hálito de Dios, que no sólo dilataron los confines de la geografía y de la historia en los fastos de la crónica universal, sino que elevaron el valor físico y moral, el esfuerzo, la abnegación y el heroísmo fuera de toda comprensión y de toda apreciación humanas.

Y si en la compenetración del espíritu continental, o, más aun, en la compenetración del espíritu humano, doliérame la falta del cantor épico en la fecha excelsa, puerta de oro abierta a los resplandores del Renacimiento, cuánto más no habría de dolerme, ahora, en el íntimo sentimiento del ciudadano y en el fervor del patriota el que, ya frente a los umbrales misteriosos y serenos de su pasión y de su muerte, no hubiere surgido aún, ya dentro de los lindes del predio nativo o ya, mejor todavía, dentro del solar agrandado de la patria, quien, en férreo romance o biógrafo de hondo análisis, supiere decir, a la contemplación de la posteridad, la vida y la obra de Francisco Morazán, el Héroe Epónimo de Honduras, Unificador y Reformador de Centro América, prócer y patricio tallado al par de los más ilustres, de los más grandes, de los más gloriosos Libertadores de América.

Augusto C. Coello.

Agosto de 1941.

La Epoca, Tegucigalpa.

LA RAFAGA

Al peso abrumador de la amargura busca amparo en la fe consoladora: recuerda que la noche es más obscura mientras más va acercándose la aurora.

El alma que la pena transfigura la propia pena en su cendal la enflora: el metal con el fuego se depura

y, si quema la llama, también dora.

Ha de pasar la ráfaga funesta... Siempre, tras de la escarcha, la floresta con más vivos colores se engalana;

y después de nublado el horizonte asoma más radioso tras el monte el rubio y claro sol de la mañana.

Augusto C. Coello.

ARIEL

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale... ₡ 1.50
Número del día..... 0.60
Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

TEGUCIGALPA

Madre Ciudad que en áspero ribazo vas ganando la cumbre con tu empeño; Madre Ciudad en cuyo fiel regazo se abrió, como una flor, mi primer sueño.

Cajvario de fecundas redenciones, sacro Tabor que sublimó la hazaña, resaltan tus heráldicos blasones con la plata y el oro de tu entraña.

A la sombra viril de tus picachos, —del heroísmo y del honor penachos,— risueño y blando se colgó mi nido;

y es mi más hondo afán reconcentrado, dormir eternamente calentado al fuego de tu sol siempre encendido.

Augusto C. Coello.

Para ARIEL

LA TIERRA DE MIS MAYORES

La tierra de mis antepasados está muy lejos. Hay allá ríos perezosos, bosques de bambúes y sauces que se inclinan llorosos sobre las aguas. En los estanques, lagunas de poesía, los lotos muestran sus immaculados pétalos y dan albergue entre sus hojas a los espíritus buenos. Y hay peonías vistosas como cor-

tesanas, y flores de ciruelo y de peral. Los crisantemos florecen al terminar el otoño y las orquídeas esconden su belleza soberana en los valles poco visitados.

En la tierra de mis antepasados cantan pájaros pequeños y exquisitos y las hadas se alimentan con las semillas de loto. Las leyendas pasan de padres a hijos, y las madres tiñen de rojo los huevos en las fechas memorables.

La vida ha pasado lentamente, con despreocupación feliz, por los patios de las casas ricas, y en el campo el búfalo ayuda al paisano en su labor diaria. Los letrados de largas barbas y los estudiantes de túnica azul han vivido discutiendo sobre poesía mientras el pueblo ha soportado la dureza de su destino con filosófica calma: la vida es el mayor de los bienes: ¡vivámosla tal cual los dioses la dan!

Y ante las tablillas imaginarias que representan a mis antecesores, hago la inclinación de rigor y quemó incienso, con el buen deseo de que sus espíritus moren en paz.

Encuentro que todo está muy bien. Y me gustaría tomar té en una diminuta taza celeste con un buen verso inscrito en la porcelana, para luego tenderme bajo un árbol a contemplar la belleza de una roca que esté en el jardín de mi casa de ensueño, o a soñar ante la naturaleza diluída, estilizada como en el cuadro de algún pintor famoso.

Tomo mi abanico y sonrío beatíficamente, dispuesta a gozar de la calma de la tarde...

Hilda Chen Apuy.

Marzo de 1942.

LA MUERTE DE LAVOISIER (*)

El 5 de mayo de 1794, a las tres y media, Dupin presentó a la Convención su requisitoria. A las siete de la noche se trasladaba a los recaudadores generales a la Conserjería. El 7 de mayo, a las siete de la mañana, comparecían ante el Tribunal Revolucionario.

Al médico Hallé, de la oficina consultiva de

* Antonio Lorenzo Lavoisier, padre de la química moderna, nació en París en 1743. A los 25 años entró en la Academia de Ciencias. Su descubrimiento principal es el del oxígeno. Fué el primero en dar a conocer, en 1774, que el aire se compone de dos gases; el nitrógeno y el oxígeno. Comprobó que el oxígeno entra en la composición de los ácidos y de las bases, descubrimiento de un alcance extraordinario. Dejó numerosas memorias científicas: *Sobre la transpiración de los animales*, *Sobre la calcinación del estaño*, *Sobre el ácido carbónico*, etc. Pasteur utilizó la labor del sabio para sus trabajos."

artes y oficios, que intentó realizar una última gestión en favor de Lavoisier, enumerando los servicios prestados a la ciencia y a la patria, el presidente de dicho tribunal —llamado *Pedro Andrés Coffinhal*— le da esta respuesta, de una estupidez que produce náuseas:

—*La República no necesita de sus sabios.*

El defensor de Lavoisier estuvo ausente. Veintinueve recaudadores generales son condenados a muerte y llevados de nuevo a la Conserjería.

A las cuatro del día siguiente llegan las siniestras carretas. Se les conduce hacia la Plaza de la Revolución, por el puente Change, el muelle de la Mégessie, la calle de la Monnaie, la calle du Roule, Honoré, Florentin y Nationale.

El jardín de las Tullerías está lleno de cantos de pájaros. Lavoisier es el cuarto en subir al tablado. Cuando rueda su cabeza son un poco más de las cinco.

Al recibir la noticia de su ejecución el sabio Lagrange le dice a su colega Delambre:

—Ha bastado un momento para hacer que esa cabeza caiga y acaso no basten cien años para reproducir otra semejante.

Maurice Goudekot.

LA EQUITATIVA

AGURCIA, WALTER Y Cía.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, Centro América.

FUGACIDAD

Fugacidad que vienes adherida a todo humano afán, a toda cosa. Apenas brota la incipiente rosa y ya aparece por tu ley herida.

Pragmática implacable de la vida al destruirla vuelves más preciosa la ventura precaria y veleidosa que no bien amanece ya es partida.

Diosa de doble faz. Ambigua suerte. Si por un lado nos deparas muerte y haces de lo perenne anhelo vano,

tornas vital la dicha fugitiva, como al sediento el agua que furtiva se le escapa del cuenco de la mano.

Alvaro Melián Lafinur.

LA LUNA SOBRE EL COLISEO

(Traducción de José Alcalá Galiano).

Salieron las estrellas y la luna
brilla sobre las cumbres relucientes
de los nevados montes. ¡Cuán hermoso!
Con la naturaleza me extasío,
y el rostro de la noche me fué siempre
más familiar que el mismo de los hombres.
Y en su estrellada sombra, de tranquila,
de solitaria y plácida hermosura,
he aprendido el lenguaje de otro mundo.
Me acuerdo, siendo joven, que vagando
errante, cierta noche parecida
encontrábame dentro del recinto
del ancho Coliseo, meditando
entre los más espléndidos despojos
de la sin par y omnipotente Roma.
Los árboles, brotando entre los arcos
destruidos, oscuros se mecían
bajo el azul sereno de la noche;
las estrellas brillaban en la ruina
entre las aberturas; a lo lejos
de los despiertos perros los ladridos
aun más allá del Tiber resonaban,
y más de cerca el grito prolongado
de la lechuza lúgubre salía
del Palacio del César, y alternadas
las voces de distantes centinelas
en el viento naciendo y expirando.
Varios cipreses más allá de aquellas
brechas, obra del tiempo, parecían
bordar el horizonte, aunque se hallaban
a tiro de ballesta. Do habitaron
los Césares, las aves de la noche
desacordes habitan, y entre espesa
arboleda que brota por murallas

derruidas, y enlaza sus raíces
con los hogares imperiales, ahora
usurpa el sitio del laurel la hiedra;
mas de los gladiadores el sangriento
circo, aun está en pie, noble despojo
en ruinoso perfección. Y, en tanto,
de César los grandiosos aposentos,
los salones de Augusto, en ignorado
montón yacen humildes por la tierra.
Y tú resplandecías, luna errante,
sobre el conjunto fiel, vertiendo dulce
profusa claridad, que hacía suave
la ruda austeridad de toda aquella
áspera destrucción y restaurabas
como nuevas las brechas de los siglos;
a lo hermoso dejando su hermosura,
embelleciendo lo que no era bello
y hasta el grave lugar santificando.

Jorge Gordon Byron.

Manfredo.—Acto III. Escena IV.

Para ARIEL

FRENTE AL PARIS DE RENOIR

A Miss Florence Hall, quien vino a
dictar un curso de conferencias a la
Universidad de Costa Rica.

Es una amiga lejana del Norte.
De su delicadeza me llega hoy un cuadrito del
dulce, del mago Renoir.

París tuvo siempre para mí la evocación de
aquello que se amó en la infancia. Son los mis-
mos árboles desnudos y el mismo caer de hojas
doradas... De la mano de mi madre, por una lar-
ga avenida de París, es uno de los primeros re-
cuerdos que guardo de mi infancia venturosa. De
la mano de mi madre bajo los árboles de otoño
de aquella gran ciudad...

Hoy evoca mi amiga lejana el dulce recuerdo
en los pliegues de una carita, y su voz suave se
esfuma con el silbo de un barco que llama y lla-
ma perdido entre las brumas, allá en el lago Mi-
chigan. Yo estuve allí en el lago encantado cuyas
orillas evocan mirajes de los cuentos de hadas,
y una barca llevando en la proa un corazón se
deslizó en la niebla, rumbo a la orilla remota,
donde los hielos tenaces cuajan en fabulosos ice-
bergs.

Amiga lejana, hada del lago Michigan, cómo su
tacto fino me envía este París de Renoir.

—Este es el París que habrá de renacer— dice
con energía la voz dulce —con los nobles es-
fuerzos de nosotros— Todos los americanos.

BANCO DE HONDURAS

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: TEGUCIGALPA.

Sucursal: SAN PEDRO SULA.

Capital autorizado L 1.000.000.00.

Capital pagado y reservas L 1.300.000.00.

Hace toda clase de operaciones bancarias, trasla-
dos a las principales plazas de Honduras y del exte-
rior; abre cuentas corrientes con garantía satisfacto-
ria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia
valores y documentos públicos y se encarga de
cobros por cuenta ajena.

Cuentas de ahorro al 4% anual.

Y en el ciclón arrollador del Norte suenan sus palabras como una profecía...

¡Francia sacrificada! Tu Costa Azul, donde una noche unos ojos violeta se bebían un claro de luna en una terraza de Niza, mira hoy un mar cruzado sólo por destroyers y cruceros.

¡Islas Mediterráneas! La muerte bate allí, donde la nevada flor de los limoneros tiene reflejos de plata, bajo una luna de plata también.

¡Suelo sagrado! Donde la divina planta dejó su huella, y se alzó aquella mano suave, como un nardo moreno, en un signo de paz para los hombres, que se asesinan hoy, sordos al divino Evangelio del Amor.

¡Tierras de la India, de *verde-azules mares*, amenazadas por los bárbaros nipones, despojo cotrompido que nos legó la Atlántida, cuyo ancestro salvaje revive en huesos, dientes y uñas que se lanzan desde las copas de los árboles sobre valientes y leales norteamericanos! Este es el peligro que se cierne sobre la América nueva y no hay forma de combatirlo si no es uniéndonos en un solo corazón y que el poder de este corazón arrase esos restos salvajes de razas retrasadas, rémora de las nuevas civilizaciones.

Sí, amiga lejana del Norte, el París luminoso de Renoir, hoy mutilado y humillado, y su frase profética, me llevan a pensar en el dolor del mundo... Y oigo el grito prolongado de la América juntando a sus hijos en un solo corazón.

Amalia de Sotela.

Febrero de 1942.

EPIGRAMA VOTIVO

(Traducción de Eduardo Castillo).

Anadiomena poderosa:

El dulce,
el tierno Meleagro de Gadara
que cantó el vino y el mar en versos
tenues como las túnicas tejidas
en la Isla de Kos, ciñó sus sienes
de violetas y marinos juncos
y así ataviado se llegó a tu templo
y te ofrendó su lámpara de oro
y nítido alabastro, confidente
de sus vigilias amorosas, cuando
con dedos impacientes desataba
la blanda cabellera de Heliodora.
Yo sobre tus altares no consagro
a modo del Siriaco adolescente
una armoniosa lámpara votiva
para rememorar áureos idilios.
No sin ira a tus pies pongo la lámpara

que iluminó mi frente ardecida
en las lentas veídas estudivas,
mientras el Mar, los Cielos y la Tierra
dormían en silencio pitagórico
lentos de ti divina Anadiomena.

Esta mi ofrenda en tus floridas aras:
en galardón mi sangre vivifique
un fuego juvenil, y resplandezca
la lámpara del sol sobre mi frente.

Gabriel D'Annunzio.

Pida
Bavaria - Gold...



y le darán cerveza..

Cervecería Ortega-San José, Costa Rica

A LA MUERTE (*)

¡Oh Muerte! Siempre te miré sañuda
en mi camino y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor, y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas fría y muda,
sin odio y sin arán, ni hosca ni afable,
en ti la majestad de lo inmutable
y lo eterno mi espíritu saluda.

Sin la negra impaciencia del suicida,
reconfortado en el dolor e inerte
mi corazón aguarda tu venida.

Que igual a la de todos es mi suerte:
cuando nada se espera de la Vida
algo debe esperarse de la Muerte.

Miguel Antonio Caro.

* Este magnífico soneto fué escrito por el señor Caro—según Bernabé Riveros—para reafirmar la fe de un condenado a muerte, Juan Ortiz, sobre cuyo pecho encontraron los ejecutores el papelito estrujado, con la redonda letra del señor Caro, el soneto edificado sobre una maciza frase del filósofo Simón Rodríguez, maestro del Libertador.

NOTAS INTERESANTES

—La famosa miel del monte Himeto, celebrada en la antigüedad griega y a menudo recordada por los poetas, se produce todavía y se la consume en algunos hoteles de los alrededores de Atenas. Es una miel de color pardo, perfumada, y, según se dice, no ha degenerado en las calidades que en tiempos remotos la hicieron famosa. También en algunos puntos de Grecia se elabora con procedimientos casi pre-históricos el vino blanco, con cierto sabor a resina, que bebían los griegos de los tiempos heroicos.

—En una extensa región de la Siberia existe una clase de perros llamados *azules* que son verdaderamente curiosos, pues su pelaje resalta mucho con el fondo de nieve y son sumamente inteligentes. Los perros *azules* no se han podido nunca aclimatar fuera de aquella fría zona y son unos grandes auxiliares del hombre, pues ellos mismos cazan otros animales y proporcionan alimentos al hombre en las estaciones más crudas de la región.

—El tiburón es uno de los animales más utilizables. Su piel resulta un cuero excelente; el hígado de aceites medicinales; con la cabeza se fabrica cola; el esqueleto sirve de abono, y los chinos comen sus aletas.

—Mucha gente se figura que la lluvia y el agua de riego refrescan instantáneamente el suelo, y esto es un error. El agua provoca inmediatamente una elevación de temperatura si la tierra tiene cierto grado de sequedad. Este fenómeno es debido a una reacción que no se produce con otros líquidos. El calor desarrollado es tanto mayor cuanto más divididas están las partículas de la tierra.

—El lobo de Tasmania tiene la piel como un tigre y la cola de ratón.

ENTIERRO DEL MILICIANO MUERTO EN LA GUERRA

Rugió la madre su espanto
sobre la fosa colmada.

Como jazmines cayeron
sollozos blancos y negros.

Todo quedó como estaba:
tierra parda y cielo claro.

Se marchó el sepulturero.

Tres palabras en la cruz.

Tres palabras. Sólo tres:
Pedro Pérez, Carpintero.

Angel Miguel Queremel.

DOS LIRAS Y DOS AMERICAS

La escena fué en América. Al Niágara ruidoso
contestó el Tequendama con terrible gritar,
y para el Mississipi tranquilo y orgulloso,
rugía el Amazonas hundiéndose en el mar.

Cruzó los Alleghanis pausadamente un oso,
en las Pampas inmensas se revolcó un jaguar,
y tras la fuerte águila de empuje poderoso,
veinte cóndores jóvenes se echaron a volar.

Hubo un instante trágico de imponente mutismo,
sintió temblor convulso el alma del abismo,
el zig-zag de un relampago iluminó el azul,

y partida la América por formidable tajo,
quedó a Whitman el Norte —Gran Himno de Trabajo —
y a Chocano un Poema de Pervenir: el Sur.

Joaquín Bonilla.
(Hondureño)

VINCENZI, DOCTOR HONORIS CAUSA

La Real Universidad de León, Nicaragua, acaba de otorgarle a nuestro ilustre colaborador y fraternal amigo, Moisés Vincenzi, el título de Doctor Honorario, después de una brillante conferencia que dijo en ese gran centro cultural, el más antiguo, de su índole, en Centro América.

Desde las columnas de *Ariel*, Vincenzi expresa su profunda gratitud a los Doctores que le confirieron tan alto honor.

¿QUIEN PODRIA HABERLO PREVISTO?

Cuando Benito Mussolini era un oscuro periodista, fué a entrevistar muchas veces a una dama de la alta sociedad italiana; pero ésta lo acogió fríamente y no le dió la menor esperanza.

Algún tiempo después, cuando Mussolini se convirtió en dictador y amo de los destinos del reino, la propia dama fué a visitarlo, después de pedirle una audiencia. Y recordando las anteriores visitas, se creyó autorizada para, en nombre de ese antiguo conocimiento, pedirle que designase a su esposo para un cargo diplomático de importancia.

—¿De modo, señora — dijo el *duce*, adoptando una pose napoleónica detrás de un gigantesco escritorio— que usted acude ahora a mí

cuando mi palabra es la única ley en Italia?
¿No le parece que hubiera sido más inteligente de su parte haberme tratado con más consideración cuando yo no era nadie?

—¡Pero excelencia—replicó la señora—,
¿quién podría haberlo previsto?

ENTREGA

Yo me dí a tu tristeza,
plácidamente, como se dan
las hojas del Otoño a los vientos más dulces
o como las gaviotas se posan sobre el mar...

Todas las rutas diéronme su cansancio infinito
y en mi alma y en mi cuerpo dejaron su señal.
En el nido de oro de tu ternura inmensa
mis dos alas inquietas lograron reposar.

Mi carne se hizo alma entre tus manos
y por tu luz yo tuve claridad.
Dentro de mí yo te sentía, amado,
más que a mi propio corazón, vibrar.

Tan honda fué la entrega que te hice,
que nada pudo separarnos ya.

Tula Van Severen.

BUFETE DURÓN

Law office

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

EL PRIMER PARACAIDAS

Cuando aun en Europa habitaban tribus bárbaras, en los pueblos orientales, cuna de una civilización mucho más antigua, ya se conocía el paracaídas. Claro que no era el moderno aparato de guerra, extraño sarcasmo que convierte un elemento de salvataje en un objeto de destrucción y de muerte, sino primitivo y sin perfeccionar. Lo utilizó por primera vez el emperador chino Shun, en el año. 2.208 antes de Cristo, según cuentan las crónicas de la época, en circunstancias muy curiosas. Atacado por sus enemigos, que se habían conjurado para destronarlo, se arrojó el techo de su palacio llevando en cada mano un gran sombrero rojo, de casi un metro de diámetro y llegó feliz y lentamente a tierra, sin que su humanidad sufriera lo más mínimo. Leonardo de Vinci describe el paracaídas de su tiempo. Era piramidal y fué el precursor del cónico, el más parecido al actual desde el

cual se arrojó el francés Leonormond del observatorio de Montpellier en el año 1783. Pero el paracaídas adquirió su forma definitiva con el modelo ideado por otro francés, Garnerin, con el cual se arrojó desde un globo que se había elevado a 2.000 pies, deslizándose suavemente. Desde esa época pocas han sido las modificaciones, sólo de forma, pues la estructura principal se mantiene idéntica.

LA TZEHUA

Caminaba del pueblo Desamparados, en la República de Costa Rica, a mi pequeña estancia, que distaba apenas dos kilómetros del lugar. Me acompañaba un hombre del campo, alma ingenua y sana, que había logrado conservar, con toda su pureza, su nativa sencillez. Yo que amo esas almas, vírgenes de artificio, y me complazco en penetrar en ellas, escuchaba atento su conversación, y sólo de cuando en cuando le interrumpía para hacerle una pregunta, que era algo como un buceo. Ni un aletear del viento movía los árboles; nadie transitaba por el camino; reinaba un silencio majestuoso en la plenitud de una noche soberbiamente constelada. Apenas si venía a turbar esa calma solemne, como un crujir de raso, el murmullo apagado de un riachuelo linfático que discurría, lamiendo piedras, en el fondo de un próximo barranco.

De pronto oímos el golpe acompasado de un caballo que trotaba bien, opacado el golpear de sus cascos por el piso de la tierra.

—Alguien viene—dije a mi compañero.

Puso alerta el experto oído de hombre de campo y, con la seguridad del que está convencido de lo que afirma, contestó:

—No viene por este camino; va por el otro de más arriba.

No había acabado de pronunciar esta frase cuando se apagó el ruido de las pisadas, como si el jinete se hubiera detenido de pronto. Unos momentos después debió proseguir la marcha, pero en lugar del rítmico golpear del trote se dejó oír el repiquetear desatentado de un galope tendido. Con voz ahuecada, que parecía envolver un supersticioso respeto, el campesino murmuró:

—Ese caminante se ha encontrado con la Tzehua. Pero no tenga miedo, patrón; a nosotros no nos sale; somos dos y, para ajuste caminamos a pie.

—¿La Tzehua?— prorrumpí con extrañeza—.
¿Qué animal es ése?

Me pareció que una sonrisa había retozado

en los labios de aquel buen hombre, que repuso, como si no se animara a creer en mi ignorancia:

—¡Pero, señor, cómo es posible que usted que lee tanto no sepa lo que es la Tzehua! Es el mismísimo demonio y Dios lo guarde de encontrarse con ella.

—Te aseguro que no lo sé; explícamelo.

Estábamos ya muy cerca de la estancia y seguía oyéndose el vertiginoso correr del caballo; los perros, que nos habían olfateado, ladraban, no en son de alarma, sino de gusto; la noche era fresca, las estrellas regaban siempre su oro pálido sobre el vasto paisaje, y el riachuelo límfático proseguía en su cruzir de raso. El ambiente todo parecía convidar a las consejas y relatos misteriosos. Comenzamos a caminar más despacio, y el rústico, con un sabor de poesía, que sólo da la credulidad en las imaginaciones en bruto, se expresó así:

—No hay uno solo de los que han visto a la Tzehua, que se haya quedado como era antes. Hombres fuertes, sanos, colorados, que nunca se afligieron por el trabajo, después que se les apareció, resultaron amarillos, y flacos, y flojos. Algunos también se murieron de puro susto.

Y citó a varios de los que habían perdido la vida a causa de la terrible aparición.

—No es fácil verla—prosiguió diciendo—en todas partes. Son ciertos lugares los que le cuadran. Por aquí anda siempre, y por eso, fíjese que es raro ver un caminante solo a caballo. Casi siempre van dos juntos.

—¿No es posible que la vean dos?—le interrumpí.

—Cuando uno va solito es que se asoma—repuso, hilvanando de nuevo su relato, con la satisfacción del que sabe que es escuchado con vivo interés.—En algún sitio lejos del poblado, sobre todo si hay arboleda y el camino es estrecho, es cuando le gusta sorprender a los viajeros. En medio del camino se presenta y con una voz muy dulce y muy débil, como si estuviera muriendo, dice:—*Señor, estoy muy cansada y tengo que ir a ver a mi madre que está enferma. ¿Me quiere llevar al pueblo de...?*—Y dice el nombre del pueblo que está más cerca, porque, como es el mismo enemigo, todo lo sabe.

—¿Entonces es una persona, o tiene el aspecto de persona?—me atreví a interrumpirlo nuevamente.

—Es una joven muy linda. Blanca, con los ojos negros y grandes, el pelo rizado y la boca preciosa. Todos los que la miran así se encantan de ella y, sobre todo, les da lástima,

porque se le ve el cansancio en la cara y se le siente en la voz.

Un céfiro tímido comenzó a jugar en aquel momento, estremeciéndose las hojas con un temblor suave, como si un ser misterioso e invisible se adelantara, abriéndose paso entre las ramas tupidas. La naturaleza ayudaba al narrador.

—Ni los más cerrados se resisten a su ruego, y todos caen en su lazo. Hay quienes le ofrecen la delantera de la montura, y otros que prefieren llevarla a la grupa. Para ella es lo mismo. Cuando comienzan a caminar, si va adelante vuelve la cara; si va atrás, hace que el jinete la vuelva. Aquí lo espantoso. Aquella mujer hermosa ya no es ella. Tiene la cara como la calavera de un caballo, los ojos lanzan fuego, enseña con amenaza los dientes pelados y muy grandes, tiene la boca abierta y arroja un vaho por aliento que huele a podrido. Al mismo tiempo sus brazos, como fierro, se agarran del jinete. El mismo caballo, que parece darse cuenta de lo que lleva encima, arranca a correr como loco, sin que ninguno lo pueda contener.

—¿Y qué pasa después?

—Los que al hacer montar a la joven hermosa han tenido malas intenciones, esos mueren todos, y se les encuentran tendidos con los ojos abiertos y saltados; los otros, ya se lo dije, para toda su vida quedan sin servir nada.

Llegábamos al portón de la estancia y los perros ladraban más fuerte. Yo, entre tanto, me internaba en una profunda meditación. ¿No tiene una enseñanza muy saludable esta fantasía? ¿Quién en el camino de la vida no se ha encontrado a la Tzehua? ¿Quién no ha sentido la seducción de la belleza con todos sus hechizos físicos, y nada más? ¿Quién no se ha rendido a la piedad mal entendida? ¿Quién en un momento no tomó el similar por oro? Y..., después, la debilidad en el cuerpo o en el alma, la muerte acaso.

¡La Tzehua, grande o pequeña, con huellas de arañazo o surco de arado, todos la hemos encontrado en nuestro camino!

Máximo Soto Hall.

EL LIED

El lied nació, se puede decir, con Franz Schubert y vio la luz del día en aquella ciudad alegre, la Viena de los buenos tiempos, donde la gente hacía una vida de teatros y cafés al aire libre y adoraba la música como nin-

gún pueblo del mundo. Schubert, objeto de tantos libros y películas, es demasiado conocido para que tengamos que añadir que la dulzura del lied tiene su origen en los cantos populares recogidos por él y en su propia alma. Su sensibilidad extrema dió tal carácter al lied que ese género de canto quedó firmemente establecido. Schumann siguió el ejemplo y escribió lieders, y también Wolf y varios otros, hasta que el lied traspasó las fronteras y llegó a ser cultivado en todos los países del mundo donde se aprecia la música.

Compositores extranjeros adoptaron la forma del lied y hoy mismo, este tipo de composición, que utilizara Schubert por vez primera, continúa deleitando los oídos del mundo.

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**.
Dirección: 60 varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

NUEVA YORK

Pepito, Pepito ¡hay pelta!—Una cartagenera.

I

Pobre y más que imposible vestido provinciano, de ajustada chaqueta, de angosto pantalón, que allá en mi villa fuiste tan elegante... En vano serás aquí lo que cras, vestido *comme il faut*.

Salimos de la tierra tranquila del banano y en este manicomio revuelto de los trusts, quién sabe si algún taxi nos manda hacia el arcano sin un whisky y sin una pastilla de *chewing gum*.

Ciudad que vive en una perpetua pesadilla febril y alucinante, que angustia y maravilla, donde no canta un gallo, donde todo es un *bluf*, que a mí me causa insomnio, que a ti te quita el sueño tornándote neurótico, lo mismo que a tu dueño, ¡porque fué un disparate venirnos a New York!

II

Rascacielos, enormes rascacielos, que al paso nos salen cual fantasmas de otro planeta... Yo y tú, dos infelices oriundos del acaso, ciegos, mudos y sordos quedamos como Lot,

Dime qué haremos, dime qué hacer en este caso... Mira tú si es idiota viajar en ascensor, no sabiendo nosotros, biznietos del atraso, ni jugar a ese juego científico del golf.

Vámonos para el pueblo, para la oscura grieta sabrosa de mi pueblo, que a ti de la bragueta del susto, sí, del susto, se te cayó un botón...

Y es triste y no queremos entre estas zaragatas vivir cual dos imbéciles, morir como dos ratas, porque fué un disparate venirnos a New York.

Luis C. López.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

(1580-1645)

Madrileño y de noble linaje, Quevedo intervino activamente en el gobierno de los virreinos españoles de Sicilia y Nápoles. Por motivos políticos sufrió destierros y encarcelamientos. Su vigorosa personalidad y su azarosa existencia, sujeta a los mayores vaivenes de la fortuna, ha dado fértil asunto para el teatro y la novela. La producción literaria de Quevedo es copiosísima. Escribió obras de todo género: políticas, filosóficas, morales, festivas, satíricas. En la novela, está en primera línea con Cervantes y Mateo Alemán. En la poesía, le corresponde el lugar cercano a Góngora y Lope de Vega. Y en prosa y en verso es el mayor satírico de España. Cultivó todos los géneros poéticos, desde el festivo hasta el sublime. Su silva a Roma antigua y moderna es uno de los poemas más solemnes y majestuosos en lengua castellana; la Epístola satírica y censoria, un modelo en su género. Y junto a las composiciones graves, esas otras ligeras, alegres o mordaces en que recorre toda la escala del humorismo y de la sátira y despliega las mil facetas de su ingenio chispeante.

EL ESCONDITE

Me acurruqué en el fondo
de mí como aquel niño
que al escondite juega...
Los otros me llamaban, y me vino
un ansia ingobernable
de perderme en mí mismo,
perderme para siempre...
¡Qué imprecisos
siento los pasos de los que me buscan
y oigo los gritos!

Enrique González Martínez.

¡ES LA VIDA!

Estoy crucificada sobre una cruz de sombras.

El vacío, el dolor de la soledad, hermanáronse para tejer juntos la diadema que me oprime con su agujijón de insomnios.

Hay un herir de cascos que alocados huyen sobre la senda oscura. Caballero derrotado cabalgaba el solitario defensor de mi optimismo.

Ni siquiera tu voz amiga suaviza hoy la

aspereza inclemente de esta noche que me cerca.

¡Mi Dios! ¿Por qué tanta sordidez, tanto egoísmo en la generalidad de tus criaturas, por qué, en los hombres, ánfora sutil de tu sacra esencia?

Mis manos se fatigan en vano al acallar la ansiedad desbordante en mi pecho y mis ojos se llenan de sombras buscando inútilmente a mi alrededor la gran verdad que rige y equilibra los seres y las cosas y los hace buenos. ¿Por qué? Ynterrogo al pájaro, al árbol, a la bestia, al hombre que se nombró mi hermano y... ¡Es la vida!—me dice el ave golpeando cruelmente en un tronco la maravi-lla azul de una mariposa, engulléndosela luego tranquilamente. ¡Es la vida!—dice la voz prolongada de los pinos que danzan bajo el sol en la plaza. ¡Es la vida!—dice con voz antipática y burlona el hombre, volviéndome la espalda.

Una voz que gime y llora interiormente me dice también con angustia:—¡Es la vida!

Leticia Rivera.

Marzo de 1942.

José Luis Pujol

Abogado & Notario Público.

Casilla de Correo 1722.

Bufete: Ave. 4ª, Calles 1/3.

San José, Costa Rica, A. C.

INFANCIA

Me recuerdo a mí mismo
como a otro ser, lejano;
como a un pequeño hermano,
como a un hijo.

Avanzas hacia mí, sin distinguirme,
oh, criatura de grandes ojos ciegos;
pequeño ser que mutiló el olvido,
confusa imagen, rostro desolado,
casi adivinado
en la luz de un paisaje desteñido.

Aun vives en los ríos de mi sangre
y sin embargo yaces,
para siempre,
en un mundo sin voces y sin huellas.
Yaces en los espejos sepultados
que tuvieron tu imagen,
en el aroma ausente de los huertos,

en el aire marchito de otras tardes.

Yaces, para siempre
tras el cristal de cada día vivido,
mirándome sin verme.

Por tus ojos yo supe los colores;
por tus manos el tacto, la blandura;
lo que no he de olvidar, aunque te olvide.
Pequeño ser, levisima criatura,
presencia inmaterial que sólo vuelve
a través de un perfume o de una música.

Aun vives en los ríos de mi sangre;
pero eres ya un pedazo de mi muerte.

S. Ponal Ríos.

GRANDES VERDADES

— La prosperidad y el vigor físico y moral de la raza de mañana están en los niños de hoy; considerados como cimientos del edificio de la Patria futura, deben estar forjados con sólidas bases; la campaña contra el alcoholismo enraizada en el niño lo protegerá con su ramaje cuando éste se convierta en hombre.—Ing. Luis G. Franco.

—Averigua por cuántas personas eres apreciado, quiénes te aman y con cuánta fidelidad. De esta forma puedes darte una idea de tu mérito.—Zschokee.

DIARIO INTIMO

12 de enero de 1869.—¡Esa locura por el escritor y el artista—acordémonos de Meyron, Baudelaire—, se exalta cuando mueren; hace enardecer sus obras, como la guillotina hace subir en los catálogos de autógrafos los de los guillotinos.

Miércoles 25 de agosto.—Alguien dijo a un bretón que estaba construyendo una casa con piedra ordinaria de las construcciones bretonas:

—¿Por qué no la hace usted construir con ladrillos, que es más bonito?

—¡El ladrillo no dura más que ochocientos años!—respondió el propietario.

Edmundo de Goncourt.

MI DIOS

¿Qué es Dios, nombre vago ante el Cristo?
Nosotros, que no sabemos nada y que no nos adherimos a nada sino por medio de nuestros pobres órganos ¿podemos adorar esas letras

cuyo sentido no comprendemos, a ese Dios tenebroso de quien no nos imaginamos nada, ni la existencia, ni la inteción, ni el poder? No, no podemos amarlo. Pero Cristo, en quien toda piedad, toda grandeza, toda filosofía, todo conocimiento de la humanidad han descendido, no se sabe de dónde; que fué más infortunado que los más miserables; que nació en un establo y murió clavado en un tronco de árbol, dejándonos a todos la única palabra de verdad que es sabia y consoladora para vivir en este triste lugar, ese es mi Dios, es mi Dios, el mío.

Guy de Maupassant.

CANTO A LAS MANOS DE LAS ENFERMERAS

Manos de las enfermeras
pródigas

en maternales blanduras.
Manos ungidas de dolor. Sabias,
múltiples y únicas.

Adormideras que esparcen
su aroma entre las angustias.
En la blancura de los hospitales
su albor espiritual más se acentúa,
al derramarse caritativas
como un resplandor que todo lo inunda.

Manos—asilo de la carne triste—,
Manos que en la carroña que repugna
ponen la santidad de su caricia
con franciscana y maternal ternura.

Manos que saben desbrozar, sedantes,
el último camino hacia la tumba.

Manos de abnegación; manos heroicas
en la sagrada lucha
—ya en la paz, ya en la guerra—, organizadas
en ejército amable de blancuras
bajo los brazos de la cruz de Cristo.

Manos de caridad. Múltiples y únicas.
Oración y consuelo y paz y alivio
sobre las frentes moribundas.

Manuel José Arce y Valladares.

RUEGO

*Para el poeta
J. Albertazzi Avendaño*

Señor:
Tú que recorriste el mundo enseñando la
más bella de las doctrinas; Tú que respondías
a la insolente chusma que te gritaba con una

dulce sonrisa de compasión; Tú, que supiste
perdonar a los que te herían porque no com-
prendían la belleza de tus parábolas, permíte
que yo también, Maestro, recorra el mundo,
enseñando con amor...

Haz, Señor, que mis oídos se cierren ante
la palabra de los necios; que mis ojos no vean
injusticias; que mi corazón sea dócil al cla-
mor del bien y resistente para el mal; que mi
fe no se pierda por locas ambiciones, ni que
el desaliento me pueda vencer...

Haz, Señor, que el amor que le tengo a la
Escuela se multiplique y que pueda yo vivir
entre los niños.

M. Báez G.

*San Pedro de Macoris,
República Dominicana, 1942.*

NO SE LO PAGARON AL CONTADO

Un hombre poseía un perro fino, ganador
de concursos, al que tenía un cariño intenso.
Un día un amigo se le acercó y le propuso:

—Me gusta tu perro y me agradaría que me
lo vendieras. ¿Cuánto quieres por él?

—Un millón de pesos—fué la respuesta.

—Ese es mucho dinero. Te doy ahora mis-
mo un dólar...

El otro sonrió, y se despidió de su amigo.
Pasaron varias semanas y volvieron a encon-
trarse.

—¿Qué tal el perro?

—Lo vendí...

—¿Por cuánto? No me dirás que por un
millón de pesos...

—Pues, sí, señor... Esa fué la suma...
Pero no me la pagaron al contado...

—¿Y cómo?

—Me dieron en cambio dos gatitos de 500
mil pesos cada uno...

TARDE DE OTOÑO

Es la tarde de otoño con su brisa más leve.

Es la azul lejanía con su tinta más clara.

Son las nubes etranes que acumúlanse para
exornar las colinas con festones de nieve.

Interrumpe la calma del crepúsculo breve
un pastor que modula su canción triste y rara,
y que pasa la punta de su bíblica vara
sobre un buey taciturno que pesado se mueve.

Suenan el ángelus lleno de fervor. Muere el día.
Vanamente se nota una lenta agonía
de violetas enfermas en el cielo lejano.

Y de súbito surge de un chalet la salmodia
temblorosa y doliente de una vieja rapsodia
que diluye en sus gamas fugitivas un piano.

*Ramón Ortega.
(Hondureño).*

Prosas del Ayer

MEDIANOCHE

Ninguna melodía humana dice al espíritu tan hondas palabras como los profundos rumores de la medianoche. Quien los haya oído conoce la voz del Infinito...; la voz de la sombra y de la muerte; la voz de nuestro preterito que solloza en el misterio.

En esa hora solemne las formas de la materia se revisten de un insólito valor.

Todo yace inmóvil, todo calla bajo el cielo constelado. Sólo se oyen vagos murmullos que el oído recoge a veces como si fueran pavorosos estruendos: quejas, suspiros, ecos, voces de dolor más elocuentes que el derumbe de una montaña en pleno día.

Duermen los seres y las cosas. Una hoja seca, en alas del viento, pasa revolando en un claro de luna. Las luciérnagas verdes erran como almas...

—Triste es la vida—dice el agua del surtidor.

Triste es recordar el antaño luminoso, la caricia materna, la amada de frescos labios carmesíes. Todo pasa, todo se acaba... Sólo vive el recuerdo para torturarnos. Florece alguna vez nuestro espíritu; pero pronto llega el invierno y todo muere a nuestro alrededor... Todo muere, todo muere en nuestro ser... Sólo vive el recuerdo para torturarnos.

—Triste es la vida—dice el viento con extraña quejumbre.

La gloria, el amor, todas las apariencias del placer y la ilusión, pasan fugaces como el perfume del sándalo, se extinguen como una melodía gemidora. La juventud es una ardiente música que va haciéndose monótona como una vieja canción repetida a la caída de la tarde. Luego descende la nieve sobre los cabellos y el hastío sobre las emociones; y ninguna belleza terrestre es capaz de iluminar con una sonrisa nuestras arcanas desolaciones.

Y el alma de la medianoche repite con sus múltiples ruidos misteriosos:

—Triste es la vida y amargo el recuerdo del risueño pasado.

Todo desaparece bajo la tierra. Nada perdura. Descendemos al abismo de la desolación y de la muerte y anegamos nuestros antiguos ensueños en la tristeza de las últimas lágrimas.

Porque todo muere lentamente y las bellas cosas de la tierra pasan como las nubes errabundas, como los tenues aromas, como las quejas del viento, como las graves voces del surtidor que nos habla de olvido y de eternidad.

Froylán Turcios.

EFRAIN DE LA CRUZ

(Fragmento)

...Dentro de esa bohemia fundamental encaja con precisión cierto viaje que *Helios* (seudónimo de Efraín de la Cruz) realizó a París. Alguna vez obtuvo el premio principal de una lotería, en compañía de un su amigo, también bohemio y artista, como los que exornan las páginas de los novelones sentimentales caídos en desuso. ¿Qué hacer con ese dinero? Un hombre cualquiera hubiera intentado una especulación industrial, hubiera fundado una factoría o un al-

macén, aun cuando sufriera después el fracaso de su iniciativa. Pero *Helios* era inepto para cualquier aspecto de lo que puede llamarse sensatez, y decidió marcharse a París, buscar a Rubén Darío y beberse con el poeta insigne el producto de la ganancia.

Rubén, cuyo vivir fué también tan profundamente irregular como lo exigían las explosiones de su genio, excéntrico, egoísta y disipado, acogió a los admiradores llegados de un rincón de su América con un entusiasmo frío. Aceptó el homenaje porque también padecía una inextin-

guible sed de alcohol, y se verificó un banquete inmortal con el producto de la lotería. En torno de la mesa se reunieron los más altos exponentes de la bohemia parisiense. Desde los maestros hasta lamentables artistoides de ínfima categoría, todos bebieron y se holgaron con la plata de Helios. Pero lo esencial era penetrar, en lo posible, hasta el corazón del gran innovador de la poesía, y los anfitriones guardaron sus últimas reservas para consumirlas en ajeno por cafetines y tabernas, en la compañía exclusiva del maestro, que vivió siempre acosado por las deudas y poseído por una perpetua crisis económica. Desordenado y fastuoso, no conoció las virtudes del método, como no practicó tampoco muchas otras virtudes. El arte lo había acaparado. Rubén se embriagaba con Helios y con su amigo, y siempre, cuando se hallaba bajo la influencia del alcohol, evocaba, melancólico y lloroso, próximo al paroxismo de la embriaguez, uno de sus poemas...:

*Cuando la vió pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron: Es tu amada,
lanzó una carcajada
pidió una copa y se caló el embozo.*

*¡Qué improvise el poeta! Y habló luego
del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirlo la embriagada tropa
se le escapó una lágrima de fuego
que fué a caer al vaso cristalino.*

*Después... alzó la copa
y se bebió la lágrima y el vino.*

Rubén decía la última frase con emoción suprema y al terminar inclinaba la cabeza sobre la mesa tabernaria y se ponía a llorar. El poeta fué siempre infortunado con las mujeres y el origen de su odio contra Gómez Carrillo provino de que éste fué siempre solicitado por el bello sexo. Tenía un gran bigote de mosquetero y una seductora arrogancia y era audaz y batallador.

Acompañábanlos a veces el mismo Gómez Carrillo, Rufino Blanco Fombona y Amado Nervo, poseído por las absurdas delicias de los paraísos artificiales. Bajo la influencia de la droga, Nervo se aproximaba a la mesa donde Rubén desgranaba su dolor por la lágrima y el vino, y se ponía a recitar suavemente:

*Aquí fué donde el Rey Luis Segundo
de Baviera, sintiendo el profundo*

*malestar de indecibles anhelos
puso fin a su imperio en el mundo...
¡Padre Nuestro que estás en los cielos!*

J. A. Osorio Lizarazo.

SU VOZ

Su voz es claro y musical gorjeo de un pájaro cantor: tiene los dones de la argentina cítara de Orfeo pues que prende a su voz los corazones.

Su risa es un cristal y una campana; acuerda su sonrisa los claveles, y en una carcajada que desgrana su boca, huye un tropel de cascabeles.

Cuando malhumorada o salerosa vibra su voz en atrevido reto o responde a la sátira donosa.

La esgrime con tal lujo de denuedo, cual las catorce avispas de un soneto del señor don Francisco de Quevedo.

Edmundo Velásquez.

EN LA CASA

Saltar una verja, forzar una ventana y entrar en la casa era un juego de niños para aquellos dos veteranos del robo. Ahora avanzaban por un largo pasillo, proyectando sobre las paredes la débil luz de sus linternas eléctricas. Vieron una puerta de dos hojas.

—Debe de ser el salón—dijo Chamberle, que era el jefe.—Entremos.

Lo hicieron y pasaron sus luces por los muros, el techo y el suelo.

—Parece—dijo Bigoux—que iban a mudarse,

A sus ojos se ofrecían, esparcidas sobre una alfombra, cinco o seis cajas de tamaños diversos, una maleta y dos o tres maletines.

—Es raro—observó Bigoux—. Hace lo menos quince días que nadie ha venido aquí.

—No te preocupe eso—repuso Chamberle—. Estas gentes son tan amables que hasta nos han embalado las cosas.

—Sí; pero creo que debemos inspeccionar la casa. Si hubieran llegado de improviso...

—¿Tú crees? León ha estado vigilando desde esta mañana.

Recorrieron toda la casa, sin embargo, y al mismo tiempo registraron los muebles que estaban vacíos.

—Te digo que ya nos lo han dispuesto todo en el salón.

Volvieron.

—Convendría—dijo Bigoux—ver lo que hay

aquí dentro. Yo encuentro algo extraño todo esto.

Desclavaron con sus útiles una de las cajas.

—Mira.

—¡Objetos de plata!

—Vuelve a clavar.

En otra caja encontraron ropa interior de seda.

—¿Te basta ya?—preguntó Chamerle—. Y ahora a llevarnos esto pronto.

Hicieron tres viajes hasta la camioneta desde la cual vigilaba León.

—¿Y aquí dentro qué habrá?—dijo Bigoux, señalando la última caja, la mayor de todas.

—Ropa seguramente.

—¿Y nos la vamos a llevar también?

—Sí; anda.

Los tres ladrones estaban desclavando las cajas en su casa de las afueras que les servía de guarida.

—¡Abran en nombre de la ley!

Chamerle dió un salto, Bigoux se puso pálido y León empezó a temblar.

—¡Estamos perdidos!

—¡Abre!—dijo Chamerle a Bigoux.

Un inspector entró con varios agentes. Reconoció la habitación de una ojeada.

—Lo que yo pensaba—dijo dirigiéndose a los ladrones—. Buen golpe, ¿verdad? Hace tres meses que os sigo los pasos. ¿Qué hay aquí dentro?

—Objetos de plata, ropa...

—¿Y ahí?—preguntó el inspector señalando la caja grande.

—No lo sabemos. Ropa también, sospecho.

—No finjáis. Abridme eso.

Entre unos trapos llenos de sangre apareció una cabeza humana horrible, unos miembros... Un cadáver despedazado.

Chamerle estaba blanco como el papel.

—¡Bien te lo decía yo!—balbuceó Bigoux.

—Ya sabéis lo que os aguarda—dijo el inspector, y ordenó a su agentes que esposaran a los tres.

René Bonnefoy.

ESCRIBAN TODA CLASE DE LIBROS

Como la mayoría de las inglesas incultas, me gusta leer libros en montón. Últimamente mi régimen ha sido algo monótono: la historia trata demasiado de guerras; la biografía, demasiado de grandes hombres; la poesía ha

mostrado, me parece, una propensión a la esterilidad, y la novela—pero ya he destacado bastante mis incapacidades como crítica de la literatura moderna y no diré una palabra más. Por eso les ruego que escriban toda clase de libros por trivial o por vasto que sea el tema. Por las buenas o por las malas, espero que ustedes adquirirán bastante dinero para haraganear y viajar, para considerar el porvenir o el pasado del mundo, para soñar los libros y demorarse en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se sumerja hondo en el río. Porque no quiero que se limiten a la novela. Si quieren complacerme—y hay miles como yo—escribirán libros de viaje y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia. Con todo esto adelantarán el arte de la novela.

Porque los libros influyen unos en otros. La novela será mucho mejor si se codea con la filosofía y los versos. Además, basta considerar cualquier gran figura del pasado, como Safo, como la Musaraski, como Emilia Bronte, para ver que no es menos heredera que iniciadora, y que ha existido porque las mujeres ya estaban habituadas a escribir; de modo que, hasta como preludeo de la poesía, tal actividad de parte de ustedes será de gran valor.

Virginia Wolf.

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

Para ARIEL

PLAGIADORES

A pesar de la enorme labor de divulgación de Froylán Turcios y con él la de algunos pocos, la literatura hondureña, que cuenta con vigorosas figuras y gran haber cultural, sigue siendo desconocida casi por completo fuera de las fronteras patrias.

Nombres luminosos se hunden en el desconocimiento, mientras firmas de ocasión se hacen pasar por estandartes de crédito, creando un ambiente de incertidumbre que no tiene razón de ser.

Es de necesidad proclamar a todos los vientos la fuerza de ese movimiento, tremolando las

banderolas de Alfonso Guillén Zelaya, Rafael Heliodoro Valle, Froylán Turcios, Augusto y Adán Coello, Ramón Ortega, Marcos Carías Reyes, Medardo Mejía y Guillermo Bustillo Reina.

Nos hacemos estas consideraciones al leer en la edición de *Diario de Costa Rica*, correspondiente al trece de diciembre del año recién pasado, al pie del grabado de la señorita María Luisa Acuña Araya, un soneto del poeta Guillermo Bustillo Reina, aduiterado en el penúltimo verso de su último terceto, y fechado en la ciudad de Panamá en el mes que comentamos del citado año, sin firma responsable.

El soneto referido es uno de los más bellos de este poeta sonoro y está incluido en el único Índice de la poesía hondureña que corre por campos de América.

Como una demostración de lo anterior, copiamos el primer cuarteto del soneto que apuntamos, que dice literalmente así:

*Para las reinas tengo yo mis alejandrinos
y para las marquesas tengo yo mis madrigales,
por ti mis ruisñores trinan todos sus trinos
y sus colas solemnes lucen mis pavorreales.*

Al leer este plagio vergonzoso enviamos una nota de protesta al señor Director del diario aludido para su publicación. Pero el olímpico periodista no se dignó aclarar el plagio patente e inicu.

Leyendo la revista argentina *Rojinegro*, en su sección titulada *Los espontáneos*, suscrita por el señor Félix Monzón Alvarez, de la ciudad de la Habana, nos hemos encontrado con un soneto titulado *Luz en el sendero*, cuyos dos últimos tercetos pertenecen al similar de mi padre, Augusto C. Coello, que bajo el rubro *Frente al mar*, fue publicado en su libro *Un soneto me manda hacer Violante* y que dicen así:

*¿Por qué todo mi ser vibra y se exalta?
¿Por qué ansío la cúspide más alta,
la fe más viva y el más vivo amor?*

*¿Por qué a veces mi espíritu disperso
se dilata en la flámula de un verso*

La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

o en el vago perfume de una flor?

Estos dos casos nos hacen ver la necesidad de una amplia campaña de divulgación de nuestros verdaderos valores, para que América conozca la vitalidad literaria de Honduras y pueda ponerlos en el lugar que les corresponde, eliminando de esta manera estas salidas, *inteligentes* de enamorados cursis o literatillos ídem.

Augusto C. Coello hijo.

Costa Rica. marzo de 1942.

MI PADRE

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre en su despacho La alta frente,
la breve mosca y el bigote lacio.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!
piadosamente mi cabeza cana.

Antonio Machado.

¿SE CONFESO MORAZAN PARA MORIR?

Se me ha hecho esta pregunta, a la cual no he podido contestar en conciencia ni sí ni no. Nuestra tradición no dice nada al respecto, tampoco ninguno de los documentos que se conservan en los Archivos Nacionales. Lo mismo sucede con los del Archivo Eclesiástico, según ha tenido la fineza de informarme Monseñor Sanabria, nuestra primera autoridad en la materia, que los ha estudiado con el talento y el esmero que lo distinguen. No es posible por lo tanto contestar a la pregunta aduciendo una prueba fehaciente en uno u otro sentido. Me inclino sin embargo a creer que el general Morazán recibió el Sacramento de la Penitencia para morir, fundándose en las razones que voy a exponer.

El silencio de la tradición y de los documentos, especialmente el de los eclesiásticos sobre

este asunto, abona mi conjetura; porque si Morazán hubiera rehusado confesarse, este hecho habría sido motivo de tal escándalo en aquella época, que sin duda alguna hubiera dejado huella tanto en la tradición como en el Archivo Eclesiástico, del mismo modo que la ha dejado el suicidio del general Saravia, para cuya sepultura en sagrado hubo dificultades. En cambio no se hizo ninguna objeción a la de Morazán. Tampoco la hubo para los solemnes funerales que se le hicieron a su memoria el año 1848 en la hoy catedral de San José, cuando fueron exhumados del cementerio católico sus restos mortales para enviarlos a El Salvador. Esto prueba que la Iglesia no tenía ninguna objeción que hacer a esa ceremonia, como de seguro la hubiese hecho si se hubiera tratado de un impenitente. Nótese que en 1848 tan sólo habían corrido seis años desde la muerte de Morazán y que por consiguiente estaban aún muy frescos en la memoria de todos los acontecimientos del mes de septiembre de 1842.

En mis mocedades pude conversar con varios ancianos que fueron actores en la rebelión contra Morazán y a ninguno de ellos oí decir que éste rehusara la confesión, lo que si hubiese ocurrido no podía dejar de grabarse de modo indeleble en la memoria de buenos católicos como lo eran todos ellos. La circunstancia de que en ningún documento conste tampoco que recibiese el sacramento, no prueba nada en contra. Confesarse para morir era en aquel tiempo algo tan natural que a nadie podía sorprender que Morazán lo hiciese también y menos hasta el punto de consignarlo por escrito, como sin duda habría sucedido en el caso contrario.

R. Fernández Guardia.

ACCION, BATALLA, COMBATE

Si la guerra no es propiamente el estado natural del hombre, porque no podemos llamar tal al que con más o menos extensión y fuerza propende a su destrucción; por cierto, es su estado habitual y permanente, pues siempre hay guerras en el mundo, ya en unas, ya en otras naciones, y a veces en casi todas, y más son los años de guerra que los de paz, componiéndose la Historia casi exclusivamente de los hechos de armas.

Mas a estas sangrientas luchas se les dan diferentes nombres, según su importancia y los modos de verificarse.

Atendiendo al sentido y orden material de

las palabras, diremos que la batalla es casi siempre un combate decisivo entre dos poderosos ejércitos, ejecutado con varias evoluciones, en que se manifiesta el talento del general, la inteligencia en el arte de la guerra de los oficiales que se mueven a sus órdenes, y el valor y disciplina de las tropas. La batalla de Farsalia decidió la suerte de Roma, la de Guadalete, de España; la de Hasting, de Inglaterra; clasificando los *sinonimistas* estas palabras, dicen que acción es género; y batalla y combate, especies.

El combate es una acción particular, a veces ni prevista ni dispuesta; la batalla se refiere a las disposiciones y preparativos y combate a la acción material de la lucha, y así se dice: orden de batalla y ardor del combate.

La palabra batalla no admite el sentido figurado, mas sí el combate; por lo que no decimos batalla de nuestras pasiones, de nuestras inclinaciones, de nuestras ideas, sino combate: no tenemos batalla sino combate o lucha interior de nuestros diversos efectos.

P. M. de Olivé.

¿COMO SE DEBE LEER?

El provecho de la lectura depende de la manera de leer. *No hay obra mala*, ha dicho Goethe, *en la que no haya algo bueno. Leer sin tomar notas es como si no se hubiera leído.* Dentro de seis meses no sabremos ya lo que contenía el libro. Devorarlo todo, verlo desfilar todo, sin detenerse en nada, es un trabajo de Danaides que no conduce más que a la indigestión y a la confusión. Se dirá uno más tarde: *Ya he leído esto en alguna parte. ¿En qué libro fué? ¿De quién es tal pensamiento?* Y por más que se escudriñe en la memoria, no se halla lo que se busca; habría que volver a leer todo lo que se ha leído.

¡Cuántos cotejos curiosos, cuántas bellas páginas se escribirían, si se pudiera precisar lo que agita la memoria, fijar lo que se entrevé, localizar lo que flota! *La memoria es cosa tornadiza.* Si tuviéramos que fiarnos de ella, no habría sabios. La verdadera memoria consiste no en recordar sino en tener a mano los medios para volver a encontrar. La primera condición para leer bien, consiste, pues, en fijar lo que se quiere retener y tomar notas. Un libro que se deja sin haber extraído algo de él, es un libro que no se ha leído.

.....
En fichas, en tarjetas o pedazos de cartulina,

arreglados en orden alfabético por nombres de autores. Es la única clasificación práctica. Una clasificación por orden de ideas da resultados confusos, pues como son muy pocos los matices que las separan, cabalgan las unas en las otras, se mezclan y no es posible adueñarse de ellas.

1ª— Notas de erudición;

2ª— Citas sobresalientes;

3ª— La transcripción de nuestros propios juicios.

Las fichas son indispensables para la erudición. Todos los sabios las usan. Sin ellas no se retiene nada. Son el único medio, en un momento dado, de recordar lo que se ha leído. Se resumen los temas de las obras, se anotan los juicios de los autores, las cosas que se relacionan, las asimilaciones y los recuerdos. Hacer eso es acumular tesoros; basta, más tarde, leerlas para recordar con toda claridad. Gracias a ese sistema no es difícil ser instruido. Los sabios no lo ignoran y por eso son modestos. Todos conocemos las innumerables llamadas de notas arrojadas al pie de las páginas en las obras de erudición. Eso no es más que el resultado de un sistema de fichas larga y pacientemente acumuladas.

Antonio Albalat.

Para la juventud

LOS AMIGOS

Los camaradas son como los libros; los hay buenos y los hay malos. Unos llevan por el camino de la virtud, y otros por el del vicio; unos son ilustrados y otros no tienen ninguna ilustración; hay algunos vestidos con lujo, que por dentro están plagados de perversos instintos, y otros, de aspecto modesto y pobre atavío, llenos de nobles sentimientos y pensamientos elevados.

En tu biblioteca, por pequeña que sea, no te gustará que nadie vea libros malos, de perversa lectura. Por el contrario, tendrás satisfacciones y orgullo en que la gente vea que tienes buenos libros.

Pues la misma cuidadosa selección tienes que practicar respecto de los compañeros con quienes te juntas.

Si tuvieses que cobrar algún dinero y te diesen alguna moneda falsa, ¿la aceptarías? Y si la tomases por engaño y después descubrieses su falsedad, ¿no tratarías de desprenderte de ella? Pues has cuenta que un mal compañero es lo mismo que una moneda falsa."

MUÑEIRA

Teníamos un molino
todo pintado de azul.
El molinero, yo.
La molinera, tú.

¡Ay, juventud!

En vez de moler trigo
molíamos amapolas.
De canciones y besos
llenábamos la tolva.

¡Ay, juventud!

No era molino harinero,
que era molino de risas.
En las noches de verano
¡qué bien molía!

Ay, juventud...

Molinera mía,
molinito azul...

Alejandro Casona

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS editados en París

<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	₡ 4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas del Ayer</i> —	3.00
<i>Flores de Almendro</i> (poesías)	3.00

En la LIBRERIA ARIEL

60 varas al sur de la Capilla del Seminario.

Poesías inéditas

CINERARIA

¡Has muerto ya, mi corazón, has muerto!
Y vale más porque en la amarga tierra
fuiste, al cruzar con el destino en guerra,
cual pobre esquife al vendaval abierto.

Mas ya encontraste a tus desdichas puerto,
pues en la caja que infeliz te encierra
libre a los golpes del dolor que aterra
estás al fin inanimado y yerto.

Y pues ya duermes, corazón, en calma
deja que tienda a tu cadáver mi alma
el crespón de tus frágiles amores;

y que arroje a tus pálidos despojos,
ya que en el mundo sólo hallaste abrojos,
de tus ensueños las marchitas flores.

J. A. Domínguez.
(Hondureño).

UN ANECDOTA DE MORELOS

«Durante la épica guerra de independencia, el señor Morelos recibió una carta suscrita por un amigo suyo residente en la capital y concebida, poco más o menos, en estos términos: "Sé de buena fuente que el Virrey ha pagado a un asesino para que lo mate a usted; no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy barrigón..."»

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta; leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas y en esos momentos se le presentó el individuo de abultado abdomen solicitando que lo admitiese a su lado para prestar sus servicios en pro de la causa nacional. Sonriente el señor Morelos hizo que el huésped se colocara a su diestra; compartió con él su frugal almuerzo, concluido éste, a recorrer el campamento; volvió a la hora de la cena; lo hizo de nuevo llamar, tornó a colocarlo a su derecha y, levantados los manteles, fué a acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto a la suya y ofreciéndosela al forastero; en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse a roncar con la tranquilidad del justo.

«Espantado ante tanta serenidad, el asesino que realmente iba a serlo, no se atrevió a perpetrar su crimen, y furtivamente se fugó.

Al clarear el día incorporóse en su lecho el señor Morelos, volvió su vista al que cercano estaba y, no viéndolo ocupado, preguntó a su asistente:

—¿Qué es del señor que anoche durmió aquí?

—Señor—le contestó el soldado— dicen que esta madrugada, muy temprano, ensilló su caballo, montó y se fué.

El Generalísimo pidió recado de escribir y, con su letra gorda, clara y firme, contestó a su amigo:

Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que a esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo.

PERLAS NEGRAS

—El verdadero valor de un caballero se revela, no en su indumento, ni en su porte altivo sino en su respeto por los derechos ajenos. Son las pequeñas atenciones y el reconocimiento instintivo de los derechos de otros los que valen. Un eminente escritor inglés ha dicho:— *Aquellos que traen un rayo de luz a la vida de otros son los que saben iluminar su*

propia vida.

—Los débiles esperan la ocasión; los fuertes la provocan — *E. H. Chapin.*

—Acechar la ocasión, asirla con audaz habilidad y aprovecharla con enérgica perseverancia; tales son las virtuales condiciones del mejor éxito.— *Agustín Phelps.*

—¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo, porque es la tela de la vida.— *Franklin.*

—Ni toda la eternidad basta para resarcir la pérdida de ciertos instantes.

—Si el orden domina en el género humano es una prueba de que la razón y la virtud son las más fuertes.— *Vauvenargues.*

—El no establecer orden alguno en las propias ocupaciones significa disipar la vida.— *Favre.*

—La desconfianza personal es la determinación de casi todos nuestros fracasos. La confianza en nuestras fuerzas es ya de por sí una fuerza; y en cambio es débil el fuerte que desconfía de su fuerza.— *Bovee.*

HONRAMOS A LOS INVENTORES

En lo que respecta a nuestras ceremonias y ritos, tenemos dos galerías muy largas y muy bellas: en una colocamos modelos y muestras de toda clase de las más raras y excelentes invenciones; en la otra colocamos las estatuas de los principales inventores. Tenemos allí la estatua de vuestro Colón, que descubrió las Indias Occidentales; también está la estatua del inventor de los buques, la del que inventó la pólvora y los cañones; el inventor de la música; el inventor de las letras; el inventor de la imprenta; el inventor de las observaciones astronómicas; el inventor de los trabajos en metales; el inventor del vidrio; el inventor de la seda de gusano; el inventor del vino; el inventor del trigo y del pan; el inventor de los azúcares; y todos aquellos a quienes honramos, por una tradición más fidedigna que la vuestra. Además, tenemos nuestros propios inventores, que nos han dejado excelentes obras y que, como las has visto, sería demasiado largo hacer una descripción de ellas. Y, por otra parte, podrías equivocarte fácilmente al tratar de interpretarlas. Por cada invención valiosa elevamos una estatua al inventor y le ofrecemos una honrosa recompensa. Algunas de estas estatuas son de bronce, otras de mármol y de piedra de toque; algunas son de cedro y otras de maderas especiales doradas y adornadas. Las hay también de hierro, algunas de plata y otras de oro.

Francis Bacon.

Versos de la adolescencia

ADIOS

Se apagaba el crepúsculo marino
y el ocaso tiñó de rosicler.
Y el perfil de la joven extranjera
en el muelle admiré la última vez.

Su perfil que grabado está en mi alma
tan fuertemente que jamás podrá
otra amorosa imagen en mi espíritu
con su encanto borrar.

Agitó su pañuelo perfumado,
en un adiós le envié mi corazón.
El muelle se perdió en la lejanía
y en la sombra el vapor.

Adiós, por siempre adiós, joven divina:
es tu recuerdo mi mejor laurel.
Tu amor me hizo feliz... ¡Nunca mis ojos
te volverán a ver!

Froylán Turcios.

**CONOCIMIENTOS
IMPORTANTES**

—Está ese volcán en las Indias Holandesas; se llama Krakatao, y produjo el mayor ruido que ha escuchado el mundo, de agosto 26 al 28 del mismo mes, en 1883. El volcán se encontraba en las aguas de las islas, completamente cubierto. La explosión que produjo alcanzó 17 millas de altura, las olas se extendieron a 7.000 millas, el ruido se escuchó a más de 3.000 millas, y el polvo volcánico cayó en las ciudades de Londres, Lima, Perú, y del Cabo. Los muertos: 36.000. Una boca enorme sobresale en el mar, y una gran cortina de humo se observa a distancia; el cráter parece una gran hoja, cuyas playas no tienen vegetación alguna.

—*Distancias en millas.* (Guerra del Pacífico). Marshall a Pearl Harbor: 2.275; Rota a Guam: 70; Formosa a Manila: 625; Saigón a Singapur; 735; Manila a Tokio: 1.950; Vladivostok a Tokio: 675; Dutch Harbor a Tokio: 3.115; Pearl Harbor a Manila: 5.600; Pearl Harbor a San Diego: 2.600.

—La población extranjera de la Argentina asciende hoy, año de 1942, a dos millones quinientos mil habitantes—según los cálculos del Ingeniero Alejandro E. Bunje. El núcleo más importante está formado por los italianos, con un total de novecientos setenta y nueve mil.

—Hay muchas clases de árboles que tienen

la propiedad de devorar las pulgas. Uno de ellos es el *Venus Cazadora de Pulgas*, que crece en las montañas del Brasil. Las hojas de esta planta están formadas de tal manera que semejan dos mitades como si fueran un libro abierto. Entre estas dos mitades hay varias hebras pegajosas. Cuando las pulgas son atraídas por el olor de las hojas, quedan prisioneras en estas hebras. Luego las dos mitades se unen estrechamente y devoran a las pulgas de la misma manera que lo haría un animal.

**LAS OCHENTA Y DOS
ENFERMEDADES DE VOLTAIRE**

Cómo Voltaire, en su vejez, habla un día de sus enfermedades... Nacido enfermo, débil, de padres enfermos muertos jóvenes. Me lancólico, paralítico, ciego como Tobías, miserable como Job. Sufriendo diez horas sobre doce, ningún día sin cólicos. Quejándose en cada página de sus indigestiones, de fiebre maligna, doble, de fiebre tercera, de gripe, de pequeñas viruelas, de blis, de disentería, de catarros, escorbutos, convulsiones, erisipela, de gota, de apoplejía, de tos, de nervios, de hidropesía, de reumatismo en cuatro maneras, pérdida de voz, y pérdida de todo. De indisposición en los oídos, de sordera, de pérdida de los dientes... *Una forma de viejo agavanzo, un cadáver ambulante, molesto por ochenta y dos enfermedades a la edad de ochenta y dos años...*

A. H. Weyl.

**PATRIOTISMO DE LOS
COSTARRICENSES
Año 1812**

Los vecinos del Barrio de Taras han contribuido con 12 pesos de Donativo Patriótico para ayudar a la Madre Patria a sostener la guerra contra el tirano de la Europa, Napoleón Bonaparte y ofrecen la anualidad de 13 pesos seis reales durante la guerra; y para constancia de su honor y mérito le doy el presente que firmo, Como Comisionado Pr. la Superioridad P^a el Donativo Patriótico desta Proa.; tomando recibo Acontinuación del Ministro de la Real Hda.

Cartago y Agosto 24 de 1812.

Recibí la cantidad que reza el Documento de Arriva fha ut Supra.

Manl. Garcia Escalante.

*Revista de los Archivos
Nacionales de Costa Rica,
enero y febrero de 1942.*